

## ¡Pobre poeta!

Dedicado a A. M. L.

—Sí, llegará un día en que yo seré quien debo, tendré la posición que merezco y viviré sin el tormento de las ignorantes burlas que me atormentan la vida.

Y al día siguiente el poeta y yo nos deslizábamos por una callejuela estrecha y triste, envuelta en las tinieblas a no ser por escasos faroles, que parpadeando con agonía marcaban un pálido círculo de luz, que contribuía a hacerla más triste y melancólica.

No transitaba nadie, una tranquilidad sepulcral se había apoderado absolutamente de aquel rincón típico del que llevaba las riendas la Gran Miseria. En el suelo mojado, y especialmente en los charcos rielaba la luna—para el poeta con una mueca más triste que otras noches de ventura.

Se habían burlado de Samuel—que así se llamaba el poeta—, le habían arrebatado a la cara sus cuadernillos de madrigales escritos con tantos esfuerzos y Samuel se encontraba triste y me decía con mucha lástima:

—Hace años, yo era dueño de un blando y considerable puñado de libras esterlinas, alternaba con los mismos científicos que hoy me han despreciado, leía mis versos en las reuniones nocturnas de café y entonces eran aplaudidos todos tenían una alabanza para festejarme; hoy una mala operación me llevó a la penuria que no había imaginado y mis versos sirven de risa hasta para el ignorante. Es que soy pobre, nadie me conoce porque estoy en el suelo.

Y el poeta cantó con una risa cargada de ironía:

Al arbolito caído  
nadie en el mundo le nombra.  
Es cierto que no da sombra  
porque se encuentra caído.  
Cuando estaba florecido  
bastantes flores que dió  
bastantes que quité yo  
para dar a mi trigüeña.  
Y ahora están partiendo leña  
porque se encuentra caído.

No dejó de ser una escena patética la que me ofreció el poeta, y aún continuó:

—Yo sentí afición a la poesía viendo esas puestas de sol, esos paisajes asturianos, y esos jardines, repletos de lilas y de estanques, poblados de cisnes de cuellos blancos como la nieve, que estiran orgullosos sus cuellos, pareciendo columpiarse en el agua clara que repite la figura del ave y muestra el chasqueo de los guijarros bien pulidos, allá en el fondo del estanque.

Me despedí del poeta que, a juzgar por el semblante, estaba hundido en el fondo de un dolor que le desgarraba el alma.

Yo seguí calle abajo pensando no sé en qué.

José Marino Gómez Santos.